

La animación a la lectura

O cómo ayudar a descubrir los tesoros que esconden los libros

Jaume Centelles Pastor

Maestro responsable de biblioteca escolar

-Tranquilo. Lo que me interesa es que leas y no dejes de leer. ¿Quieres saber una cosa interesante?

-¿Qué?

- No es lo que tu sacas de los libros lo que enriquece tanto; lo que al final cambia tu vida es lo que los libros consigan sacar de ti. Mira, John, los libros en realidad no te enseñan nada nuevo. Los libros te ayudan a ver lo que ya está dentro de ti.

La cita que encabeza el artículo corresponde a una conversación de dos viejos amigos. Es del libro “El monje que vendió su Ferrari”¹, una fábula espiritual escrita por Robin Sharma, y expresa una maravillosa verdad. Los libros provocan que los lectores se conozcan un poco más a si mismos, aunque cuando se trate de lectores jóvenes haya que ayudarlos y guiarlos en ese descubrimiento. Por eso en la escuela, en el instituto, en casa, es necesario estar al tanto de sus lecturas. A ese “estar alerta” a sus lecturas lo llamamos animación y tiene que ver con el crecimiento mutuo, el del lector y el del acompañante adulto.

ANIMACIÓN Y PROMOCIÓN, DOS CONCEPTOS SIMILARES

El término “animación” a la lectura a veces se confunde con el de “promoción”. Se parecen, pero son distintos.

Definimos la promoción como las acciones encaminadas a “invitar” a la lectura. Tratan de acercar a los niños y a los jóvenes a los libros. Las presentaciones, los clubes de lectura, las tertulias con el autor, las ferias de libros, los carteles, los trípticos publicitarios, las recomendaciones, son actividades de acercamiento del libro al futuro lector. Muestran, generan expectativas, despiertan curiosidades. Muchas de las actividades que se realizan en las bibliotecas públicas son acciones de promoción.

La animación, en cambio, la entendemos como aquellas acciones que van más allá, que ayuda a comprender el texto o las imágenes. Se trata de actividades programadas para reflexionar sobre el contenido de la historia, para crear nuevos textos, para imaginar otros escenarios, para elaborar propuestas plásticas, etc. Muchas de las acciones que se realizan en la biblioteca escolar son actividades de animación lectora que intentan establecer puentes de pensamiento común, universalizar comportamientos, generar

debate, ayudar a ser críticos, a saber leer entre líneas, a descodificar lecturas, a comprender el lenguaje icónico de las imágenes, etc.

La diferencia entre promoción y animación es sutil porque, a veces, una actividad de promoción como puede ser, por ejemplo, un niño preparando una recomendación para sus compañeros, supone, a su vez, una animación para él mismo.

No tiene más importancia, si sabemos cuáles son los objetivos y qué queremos conseguir con la lectura de las buenas obras que vamos a poner en manos de nuestros alumnos, de todos ellos (eso es lo que nos diferencia de las bibliotecas públicas, la posibilidad de llegar a todos los alumnos, especialmente a los menos lectores).

Las acciones de animación a la lectura están avaladas por un compromiso sincero: ayudar a comprender el sentido de la narración. El maestro que de verdad quiere ayudar a sus alumnos a progresar, a crecer, usa técnicas diversas para entusiasmarlos. A veces se vale del juego —una de las actividades que por su carácter intrínseco de experimentación sostiene el crecimiento de las personas—, otras veces se sirve de acciones plásticas, o de debates sobre el comportamiento de determinados personajes. La animación se alía con el placer, con la tranquilidad, con el entusiasmo, con la utopía.

SOBRE EL PROCESO LECTOR

La animación empieza con el conocimiento del libro, con la interrogación sobre su contenido (¿de qué va historia?), la observación del soporte físico (una revista, un álbum ilustrado, un diccionario), el tipo de escrito (un cuento, una noticia, una receta), el procesamiento de las informaciones gráficas y la deducción a partir de los indicadores escritos (palabras, letras, puntuación). El alumno procesa a diferentes niveles, induciendo lo que conoce *a priori* sobre lo que aportan las informaciones (grafémicas, sintácticas, etc.) y las interacciona con las actividades mentales necesarias para tratarlas, aquello que constituye la lectura (entendida como comprensión).

Tal como sucede con otras competencias, el código escrito es una competencia que hay que adquirir pero no es condición previa ni ha de ser el resultado final del acto de leer. El código y el resto de elementos que intervienen en el proceso lector forman un rompecabezas en el que cada pieza es necesaria. En nuestro cerebro —lo dice Noam Chomsky²— se producen unos mecanismos que nos permiten hacer representaciones simbólicas y generar normas que nos ayudan a entender el texto escrito. Por ello, es necesario que, como maestros, sepamos entender el funcionamiento neurolingüístico y psicolingüístico de la lectura y la escritura para poder facilitar, animar, el proceso lector del alumnado. Además no debemos olvidar el bagaje social, afectivo y personal de cada niño porque ese bagaje también es básico en el proceso de aprendizaje.

Aprender a leer, a comprender, es un proceso abierto y creciente por el que pasan todos los niños y, por eso, hemos de conocer los estadios sucesivos por los que van avanzando a lo largo de su maduración, de su crecimiento personal. Todos los alumnos tienen las mismas capacidades, sólo cambia el momento en el que las adquieren durante su evolución.

Me gustaría recordar un par de aspectos más que intervienen en este proceso lector: las emociones y el conocimiento.

Respecto a las emociones, Vigotsky³ cree que enseñar a leer es hacer entender al niño que con los textos se pueden representar las palabras y que estas palabras le explican historias, mucho mejor que los dibujos, de manera rápida y directa. Cuando lee, el niño puede entrar en mundos imaginarios, conocer realidades, lugares, pensamientos diversos.

Vigotsky opina que el maestro ha de organizar estrategias que ayuden, que induzcan a la lectura de textos que le expliquen las cosas cotidianas, las de casa, o las de la escuela, por ejemplo. Estamos con Vigotsky cuando afirma que aquello que debemos hacer es despertar el deseo de leer desde dentro hacia fuera. Toda acción de lectura ha de basarse, además, en un ambiente de confianza, donde los alumnos se sientan desinhibidos, seguros, y ha de contar con un fin, con una funcionalidad.

Por otro lado, los maestros deberíamos conocer las operaciones internas del pensamiento, averiguar el nivel de competencia (en continuo desarrollo), saber cómo son las ideas de los niños, su manera de pensar. Conocer el proceso que sigue un alumno nos permitirá crear contextos y actividades que les permitan un acceso a la lectura adecuado a su crecimiento. En este sentido los estudios de Piaget siguen siendo básicos.

Si entendemos que la labor del maestro es precisamente ésa, conocer el momento de desarrollo de sus alumnos, podremos diseñar con más garantías de éxito las actividades que les ayuden a adquirir conocimiento. Ahí entra en juego el maestro y su valentía, su audacia, su vocación y su deseo de acompañar lo más lejos posible, generando acciones en las que la sorpresa, la variedad y el juego estén presentes⁴.

Si el maestro es consciente que lo que hace es ayudar a descubrir los tesoros que esconden los libros, si sabe que ayuda a construir universos con puntos de referencia, mundos nuevos a través de las palabras, andamiajes para combatir la soledad y los miedos, si está convencido que ofrece una isla al navegante perdido en la inmensidad de los mares del sur, si apuesta por la literatura para sumergirse en las profundidades de los misterios, entonces ese maestro habrá descubierto que comparte el viaje con la mirada limpia y el espíritu despierto.

UN PAR DE PROPUESTAS, A MODO DE EJEMPLO

En el libro “Artefactos”⁵ se narra como una joven encuentra un cofre enterrado en la arena de la playa. Cuándo consigue abrirlo ve que contiene bolas de papel y una nota. La nota es la carta de un niño que cuenta como su pueblo va a ser destruido y como intenta salvar lo que más quiere: los libros. Para ello, elige el libro que más le gusta, arranca tres hojas y hace una bola. Lo mismo con el resto de libros que ama. Luego coloca esas bolas en el cofre y lo lanza al mar esperando que alguien lo encuentre y pueda reconstruir las historias.

Este relato puede ser el punto de partida de numerosas reflexiones, conversaciones y trabajos de creación. La lectura de “artefactos” nos lleva directamente a la escritura. Es una invitación que no podemos rehuir.

La propuesta es clara, inmediata: Hagamos como la joven del cuento. Cogemos el libro que más nos gusta, arrancamos tres hojas - ¡aunque mejor que sean fotocopias! – luego

modelamos una bola y la encolamos para que quede bien pegada, casi petrificada. Se puede repetir el proceso tantas veces como alumnos participen de la experiencia.

Cuando las bolas estén secas, se reparten y se pide a cada alumno que intente reconstruir una historia con las pistas o palabras que sean capaces de recuperar, de leer, de la bola. Quizá puedan escribir una lista con las veinte o treinta palabras salvadas, A partir de ahí —gracias Rodari— se escribirán maravillosas historias o cuentos extraordinarios que tal vez nada tengan que ver con el original, pero eso poco importa ¿no?

Otro ejemplo. La novela “las galletas del Salón del Té Continental”⁶ narra la relación especial que mantiene Beatriz con su abuelo Tomás. Cada martes y cada jueves la acompaña, a la salida de la escuela, a clases de ajedrez. Después van a merendar al Salón del Té Continental, dónde hacen las mejores galletas de la ciudad. Cada día le traen a Beatriz una caja que contiene una galleta con forma de letra. La letra es el inicio de una narración sobre algún momento de la vida del abuelo (por ejemplo, E de escopeta).

Otros días van a pasear, de librerías o a ver exposiciones. Será en una de estas exposiciones de fotografías de la Guerra Civil cuando el abuelo se reconocerá en una de ellas, jugando con sus amigos de la infancia. Esa fotografía será el desencadenante de las emociones, coincidencias y búsquedas que nos acompañarán durante toda la lectura.

La propuesta de animación, como en el caso anterior, es casi inevitable: una exposición de fotografías.

La animación puede empezar con la lectura del capítulo 9 por parte del maestro:

La fotografía que el abuelo miraba cuando se desmayó era al de unos niños jugando a fusilarse unos a otros. Bien, dicho así, suena muy fuerte. La verdad es que lo hacían para reír, como de mentira. Eran niños con pantalones cortos y con jersey. Llevan una especie de gorros en la cabeza, hechos de papel, como de soldado. Y tenían arcos y flechas hechas por ellos mismos. Y escopetas de madera.

A continuación, el maestro propone un trabajo de búsqueda de la posible fotografía a la que alude el texto. No es difícil dar con ella. También se pueden buscar otras fotografías del mismo autor y crear una pequeña galería de imágenes (se puede habilitar un espacio en el aula o en los pasillos de la escuela) sobre la guerra civil y la posguerra que nos servirá para otro proyecto posterior: el libro colectivo.

Cuando se termina de leer el libro “las galletas del Salón del Te Continental”, el maestro reparte una letra o dos a cada alumno o grupo de alumnos y se procede a escribir un pequeño relato, tomando como base las fotografías recopiladas y expuestas, el título del cual ha de comenzar como en la novela («H de héroe», «E de escopeta», «G de guerra», etcétera)

Se puede terminar la animación encuadrando un pequeño libro que recoja todos los escritos. Un libro para cada uno.

Artefactos y *Las galletas del Salón del Té Continental* son dos ejemplos de lo que pretendemos con la lectura: investigar, descubrir, relacionar, crecer.

IMPLICACIONES COMPARTIDAS

La animación a la lectura debe figurar en el Proyecto Educativo del Centro y formar parte del Plan de Lectura. No se trata de realizar acciones aisladas, jornadas de narración de cuentos ni exposiciones el día del libro. Se trata de programar actividades rutinarias, constantes, en las que el juego, el descubrimiento, la sorpresa, sean lo habitual.

Por eso el equipo de maestros debe implicarse (desde la coordinación de biblioteca a las tutorías), las familias tienen mucho que ofrecer (colaboración des de casa, desde el barrio, pueblo o ciudad) y las autoridades educativas⁷ pueden gestionar (promoviendo estrategias y favoreciendo modelos y referentes legales). Debería ser un proyecto compartido por todos, un viaje hecho con ilusión y con constancia hacia Ítaca, hacia nuestras Ítacas (Mas no hagas con prisas tu camino / mejor será que dure muchos años, / y que llegues, ya viejo, a la pequeña isla, / rico de cuanto habrás ganado en el camino)

Notas

Notas

1. SHARMA, Robin. *El monje que vendió su Ferrari*. Barcelona, Grijalbo, 2004.
2. CHOMSKY, Noam. *El programa minimalista. Els escrits de Chomsky*. Barcelona, Ariel, 1997.
3. MAURI, Maria Teresa. «Aplicar Vigotski». En la revista *Guix*, núm. 228.
4. Ese maestro que de verdad quiere invitar, animar a leer, también tendrá detractores, sin duda. Le tildarán de ruidoso, payaso o informal. Que no desfallezca.
5. PORTILLO, José Antonio. *Artefactos o Paseante anónimo encuentra un libro*. Pontevedra, Kalandraka, 2003
6. FONALLERAS, Josep Maria. *Les galetes del saló de te Continental*. Barcelona, Cruïlla, 2007
7. Cada vez estoy más convencido que las bibliotecas escolares serán una realidad cuando las autoridades crean que merece la pena apostar por ellas. Mientras tanto, seguiremos contando con el voluntarismo (entusiasta, eso sí) de una parte del colectivo de maestros... pero ya se sabe que el voluntarismo tiene fecha de caducidad.